

Jesús Ortega  
**CALLE ARISTÓTELES**

---

G R A N D A 2 O I I



Dirigen la colección Clara Obligado y Andrés Neuman  
Edición al cuidado de Miguel Ángel Arcas  
Portada, diseño y maquetación de Francis Requena



Primera edición. Octubre de 2011  
© de los textos Jesús Ortega  
© de esta edición Cuadernos del Vigía  
Depósito legal GR-3578-2011  
ISBN 978-84-95430-40-3  
Imprime Gráficas Alhambra



Editorial Cuadernos del Vigía  
Apdo. de Correos 503  
18080 Granada (España)  
[www.cuadernosdelviglia.com](http://www.cuadernosdelviglia.com)

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».*





## Hacer las paces

EMPUJADO POR LAS oleadas de aplausos, Ernest H. Quinn subió tambaleante al estrado y pidió silencio.

—Gracias, George. Amigos y amigas de Knowledgetown. Poco puedo añadir que no hayan dicho mis ilustres predecesores en esta tribuna. Si bien todos y cada uno de nosotros albergamos la convicción de que sus obras permanecerán vivas en la memoria de la humanidad, es un hecho incontrovertible que Lucius Nordenfalk nos ha abandonado. Su orgullosa figura no volverá a corretear por estos prados, aulas y bibliotecas que él más que nadie contribuyó a dignificar. Por nuestros despachos no volverá a asomar su noble cabeza romana jamás precedida de golpeo de nudillo alguno. —Risas—. Así es. El fáustico profesor al que tantos de nosotros debemos nuestra cátedra ha muerto. *Lucius Nordenfalk ine nekrós. È morto. Er ist gestorben.* Su alma surcó un lejano mar del color del vino. Y aunque sé muy bien que *de mortuis nil nisi bonum*, ha llegado el momento de hablar.

—Por el amor de Dios, Ernie —susurró Madeleine—. Estás borracho.

Para tranquilizarla le apreté un instante la mano oculta por la fina gasa del mantel. No exageres, no es para tanto, quise decirle. Parapetado tras mi copa de champán, eché un vistazo a las mesas abarrotadas bajo las rutilantes arañas de la sala. No faltaba nadie. Madeleine había logrado la presencia de todo el mundo. Al fondo pude ver a Steiner, y más allá, entre las últimas cabezas, a Epps, a Samuelson, a Hopkins. La plana mayor. Desde la mesa de al lado Friedlaender me sonreía torvamente, como si quisiera decirme algo.

—No voy a encomiar aquí las hercúleas obras del Nordenfalk humanista —prosiguió Quinn—, pues los ilustres colegas que me han precedido en el uso de la palabra ya lo han hecho de forma admirable. No obstante, permitidme la inmodestia de hacer público lo que ya es un secreto a voces: la próxima publicación, a cargo de nuestras prensas, de tres volúmenes de ensayos en su honor que un nutrido grupo de discípulos europeos y americanos está elaborando bajo mi supervisión. —Aplausos encendidos—. En cuanto a los demás secretos..., son tantos que no cabrían ni en las obras completas de nuestro hiperactivo Lowinsky. —Miró a Lowinsky. Amagos de risas.



Algunas cabezas se giraron hacia el aludido, que con evidente estupor agitaba una mano—. ¡Era una broma, Aldous! No tengo nada contra ti, lo sabes. —Volvió a dirigirse al grueso de la concurrencia, con el semblante grave de quien se dispone a hacer una revelación—. De modo que no os hablaré del maestro, sino del amigo. No del hombre de ciencia, sino del hombre a secas. Lucius. Mi amigo Lucius.

Me asusté porque Quinn, siempre que estaba borracho, tendía a arrastrar las fricativas linguovelares y a abrir la boca como si quisiera olerse el aliento a sí mismo. Me preguntaba qué habría bebido por la mañana, cuando me echó a gritos de su despacho con la excusa de que quería repasar el discurso. Lamenté no haber hecho caso a mis coronadas de catástrofe. Madeleine cruzó y descruzó varias veces las piernas, podía oír el ruido exasperado de la seda de su vestido.

—¿Qué nos hace ser amigo de determinadas personas? Me lo he preguntado a menudo. Lo que llamamos amistad no es más que un sentimiento espurio que tiene su origen en el inconfesable interés. A veces está tan camuflado que ni en lo más profundo de nuestro fuero interno seríamos capaces de admirarlo. Yo te necesito para conseguir una plaza de profesor en el departamento, tú me necesitas para seguir



alimentando tu vanidad de gran gurú. —Hubo dos o tres carraspeos que no pude identificar; el resto era un silencio espeso de dedos que se ajustan el nudo de la corbata—. Nadie es sincero, pero pasa el tiempo y al final la fraudulenta relación adquiere más o menos el aspecto de una emoción verdadera. ¡Que os jodan! Amigos y amigas verdaderos: hoy me vais a oír. Vamos a descorrer estos pesados cortinajes de mentiras tras los que nos escondemos. Todos nosotros. Oh, sí, una vida entera. Porque, hablemos claro, Lucius era un grandísimo hijo de puta. Acumulaba tanto poder e influencia que era imposible, si querías sobrevivir, no hacer la vista gorda ante ciertas cosas, ¿no es cierto, Greg?

Greg Patterson agitó una mano al fondo, mientras su mujer hacía aspavientos, un gesto como de suplicar que alguien subiera al estrado y le quitara a Quinn el micrófono. El murmullo en la sala era ahora considerable, pero por el momento había más curiosidad que escándalo. Por si acaso, Quinn trató de tranquilizar a la audiencia:

—Sí, estoy borracho, pero precisamente por eso no voy a decir nada que no sea verdad, y lo voy a decir con el mayor respeto.

Los murmullos se apaciguaron un instante, como si la sala dudara entre hacer añicos el espejo o espe-



rar un poco más. Había mucha gente ávida de saber qué barbaridades era Quinn capaz de soltar.

—Todos sabemos que a Lucius le gustaban las mujeres. Vamos, Greg, deja ya de removerte en la silla. Tú y todos lo sabemos. Él no lo escondía: alardeaba. En la época en que trataba de terminar su *Problemas de interpretación de la pintura de género* me pidió ayuda. No se concentraba, llevaba meses atascado con el trabajo, ¿podíamos quizá dejarle nuestra cabaña? No nos molestaría, solo necesitaba una llave para venir a escribir a cualquier hora del día o de la noche, entraría con el viejo Oldsmobile por el camino deatrás, no tendríamos siquiera que saludarnos. ¿Qué podíamos decirle, que no? *No, señor Nordenfalk, preferiríamos que no viniese a molestar.* Todos vosotros sabéis lo que eso hubiera significado. Conocíamos su crudidad y su perverso narcisismo. A un movimiento suyo de cejas el departamento dejaría sin renovar mi contrato, sabíamos cómo se las gastaba ante quien se le oponía. De modo que dijimos que sí, aunque lo discutimos largamente, ¿te acuerdas, Madeleine? Fueron meses agradables. Casi un año. Al principio Nordenfalk se presentaba de manera discreta, procuraba llegar antes del amanecer y cuando nos despertábamos ya estaba el Oldsmobile junto a la cabaña y la ventana iluminada. Pronto empezó a tomar



la costumbre de venir a media mañana. Yo acudía a dar mis clases de pintura flamenca y Madeleine recibía a Lucius con la cafetera llena y unos bizcochos de arándanos. Una mañana me sentí indisposto en mitad de la clase. Me mareaba, vomité, intenté proseguir. Los alumnos insistieron en que no tenía buen aspecto, de modo que abandoné el campus y subí al coche. Cerca de casa me asaltaron otra vez unas ganas irreprimibles de vomitar. Estuve a punto de perder el control. Aquello era peligroso. Me sentía realmente mal. Decidí olvidarme del coche y llegar caminando, no serían más de quince minutos entre los alertes que bordean la carretera. Y entonces, entonces...

Quinn señaló a Madeleine con el dedo tembloroso, queante de quien ha presenciado algo horrible.

—Entonces vi sus cuerpos obscenos y sudorosos.

Miré de reojo a Madeleine, su duro rostro convertido en estatua, la mirada ciega, el brillo cerúleo del mentón bruñido de crema antiarrugas, la crispación de las manos arañando el mantel, como una gorgona a punto de saltar.

La sala pronunció un «oh» asustado.

—¿Qué habrás hecho en mi lugar? ¿Dispararles? ¿Habráis consentido en incurrir en eso tan desgradable y latino, el crimen pasional? Yo no quise, o no pude. En realidad, no hice nada. Me di la vuelta y



no regresé hasta mucho después, y haciendo ruido de sobra, para que les diera tiempo a recomponerse, si es que todavía estaban... La vida siguió igual. Nordenfalk terminó su libro y recibió su Pulitzer, y yo fui fiel y razonable, escribí mis propios libros y recibí los correspondientes premios a mi perruna discreción. La mano derecha de Lucius Nordenfalk. Su sucesor en Knowledgetown. ¡Ja!

Ya nadie se reía. Estaba todo el mundo mirándose, Steiner a Epps, Rodstein a Branagh, todos con todos, la sala entera en vilo, y no había ni rastro de un murmullo, sino un afilado silencio que cortaba la sala como un sable circense: nadie quería perderse palabra.

Sentí una presión insopportable en el pecho. Tenía que hacer algo.

—Ernie... Señor Quinn, con el debido respeto, creo que no es el momento de...

—¡Oh, cállate, bastardo! Todavía no he empezado contigo. Respeta el escalafón, maldita sea. Todo lo que tienes me lo debes a mí.

Alguien gritó «¡bravo!».

Quinn se enardeció.

—Nordenfalk no se folló solamente a mi mujer. Su priapismo era tan insaciable como su capacidad de trabajo. Nuevo libro, nueva amiguita. ¿Queréis saber la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad,





amigos y amigas de Knowledgetown, espejo de universidades? Pues se folló a la tuya, Epps. No, no pongas esa cara. Lo sabes tan bien como yo. Sí, tu linda mujercita, la que tienes ahí a tu lado, la que entorna los ojos extasiada de amor de Dios los domingos en la parroquia. Fue mientras escribía *Picasso, el minotauro*. «Escribía», he dicho. ¡Y un cuerno! Tú lo escribiste, otros lo corrigieron, él lo firmó. Encima le llevabas galletitas y mirabas púdicamente a otro lado cuando interrumpías alguna escena subida de tono. Tuviste tu premio, como todos. Siento ser así de crudo, Larry, pero cuando a uno le queda tan poco tiempo de vida y deja tantos pecados detrás, te aseguro que tiene verdadera prisa por decir todo lo que tiene que decir. No, no haga aspavientos, señora Epps. Usted y yo sabemos que digo la verdad. ¿O es que no se acuerda de aquel fin de semana en Montauk, verano del ochenta y nueve? Haga memoria. Hable con su marido. Hagan las paces.

La sala en pleno emitió un rugido. «¡Esto es intolerable!», gritó Hillary Sands. Pero Quinn estaba desatado.

—¿Y qué es lo que tengo que decir? Sigamos, sigamos. —Giró violentamente la cabeza hacia una esquina de la sala—. A la tuya también se la benefició, Branagh, pero eso ya lo sabías. Por supuesto que sí. Demasiado listo y discreto que fuiste, igual que yo,



y bien que te recompensó dándote el caramelito de las Jornadas de Arte y Psicoanálisis, un pequeño predio subvencionado donde haces y deshaces a tu antojo. Y a la tuya, Goldstein, qué te creías, no te hagas el hipócrita. Mejor dicho, a tus tres mujeres, una tras otra: a Mona, a Selma y a aquella decoradora de interiores tan simpática, ¿cómo se llamaba? Eso fue en el noventa y tres, cuando Nordenfalk impulsó la *Nueva Revista Americana de Artes y Ciencias*. ¡Su enorme polla no descansaba!

Para entonces yo ya estaba gritando «¡seguridad, seguridad!». Gritábamos todos: Goldstein, Branagh, Epps, Rodstein, Steiner. Todos. Por el lado izquierdo de la tarima aparecieron dos hombres uniformados, y entonces fue cuando Quinn sacó la pistola de su esmoquin y se apuntó la sien.

—¡Atrás o disparo! ¡Hablo en serio!

La sala entera lanzó un terrible alarido. «¡Seguridad, seguridad!», vociferaban los hombres. «¡Impidan que haga una locura!», exclamaban las mujeres. Los vigilantes le gritaban a Quinn y Quinn les gritaba a ellos. Todos, hombres y mujeres, rodeábamos la escena.

—¡Dejadme hablar, es todo lo que pido! ¡Si alguien se me acerca, juro por Dios que dispararé! ¡Amigos y amigas de Knowledgetown, aún tengo



que deciros algo importante! ¡Abrid vuestros corazones a la verdad! ¡No hagáis en la vida nada que os haga sentir miserables! ¡Knowledgetown está podrido! ¡El legado de Lucius Nordenfalk es abominable! ¡Hemos edificado el prestigio de nuestro claustro sobre un apesado limo de corrupción y deshonestidades! ¡El fuego purificador será necesario! ¡Si nadie se ha atrevido me atreveré yo, que no tengo nada que perder! ¡Hablemos de la administración, por ejemplo! ¡Sí, hablemos de dinero! ¡Dejemos el banal asunto de las faldas y las pollas! ¡Dinero, dinero, dinero! ¿Por qué no investigamos los inflados costes de edificación del nuevo laboratorio, el agujero negro de la biblioteca, los fondos destinados a trabajos nunca realizados?

Aquello era demasiado. Quinn parecía una bestia desesperada, uno de esos pobres toros que la muchedumbre acorrala en las crueles fiestas españolas. Todos gritábamos, pero más que nadie Rodstein y yo, que entonces dirigíamos la Comisión de Cuentas. Nos acercamos un poco más.

—¡Atrás! ¡Ni un paso más o disparo!

—¡Policía! —gritaba Rodstein.

—¡Policía! —gritaba yo.

—¡Sí, policía! —chillaba Quinn—. ¡Que venga la policía! ¡Que venga y lo investigue todo! ¡El engorde





de las cuentas! ¡La falsificación de documentos! ¡El engaño y el fraude y la extorsión y la sentina podrida de mentiras...! Y tú... tú... —Me señalaba con el dedo—. ¡Tú eres el peor! ¡Su discípulo aventajado! ¡El que maneja los hilos! ¡El mundo tiene que saber con qué dinero tú y Rodstein os habéis hecho las casitas en Riverdale...!

Me abalancé sobre Quinn. Todo sucedió en un pavoroso instante. No bien mis manos llegaron a las suyas, se metió el cañón de la pistola en la boca y disparó, y su sangre y sus vísceras mancharon horriblemente la pechera de mi esmoquin.

Convinimos en que no estaba en sus cabales y en que había, pese a todo, que organizarle una ceremonia de despedida como se merecía. Todo el campus lo lloró. Pusimos una placa en la puerta de su despacho, instituimos las Ernest H. Quinn Poetry Lectures y bautizamos con su nombre el viejo y noble carril de entrada por el que cada día arrastramos nuestros pasos.



